

José Luis Olaizola



Biblioteca
Online

Senén

Senén

José Luis Olaizola

Senén



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Senén

© José Luis Olaizola, 1986

© BibliotecaOnline SL, 2019

Castillo de Fuensaldaña 4

28232 Las Rozas Madrid

(España)

Primera edición: Marzo de 2019

ISBN: 978-84-17539-09-2

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL

Composición: BibliotecaOnline SL

Impresión y encuadernación: PodiPrint

Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

1. Senén empieza a escribir	7
2. «Los fronterizos»	14
3. El maestro Yon Ying	23
4. Homeopatía doméstica	32
5. Senén descubre «La Boca del Asno»	39
6. La escala Terman	51
7. Segunda excursión a «La Boca del Asno»	63
8. Escribir en verano	73
9. Yon Ying y «El sargento»	81
10. La chica que se llamaba Tini	92
11. Nostalgias de un pasadizo	108
12. Senén pierde el balón	115
13. El centro de gravitación de Senén	125
14. El día más feliz	140
15. La discutible hombría de Senén	152
16. Tercera excursión a «La Boca del Asno»	162

1. Senén empieza a escribir

YO nunca he conocido una tía más mala que la Candi. No tendrá más de doce o trece años, pero con muy mala uva. El otro día me harté de ella y me cagué en su padre, que parece un insulto terrible, pero para nosotros es menos que llamarle a uno idiota o imbécil, por lo que luego explicaré.

La tía –la estoy viendo– se fue a buscar a su padre y le dijo:

–Papá, un niño me ha dicho eso de ti.

Además –es que me la imagino– al decirlo se le saltarían las lágrimas porque para eso es única: puede llorar o reír, según le convenga, en menos de un minuto. Lloraría, no por ella, sino por la cosa tan sucia que se habían hecho en su padre. Y claro, éste dijo:

–¿Dónde está ese niño?

Y la otra lo llevó a donde yo estaba.

Menudo corte. El señor miraba y no veía ningún niño. Entonces le dijo a Candi:

–Bueno, guapa, se habrá ido. Anda, no llores más y no andes con niños que dicen esas cosas.

Pero Candi me señaló con el dedo:

—Es ese.

Yo tampoco creo que lo hiciera con mala idea. Quizá creyera que su padre podía pegarle una torta a cualquiera porque, al fin y al cabo, una niña de doce o trece años, de esas cosas no entiende. El caso es que, para que no quedara duda, añadió:

—Ha sido ese señor el que lo ha dicho.

Porque la Candi, para meterse conmigo siempre me dice: «Oye niño», pero ahora, para armar el lío, aclaró que «el señor» era yo.

Yo para unas cosas soy como un chico, por cuestión de mi debilidad mental. Aunque un chico bastante mayor, ya que mi cociente intelectual, según la escala de Terman, es el de un chaval de unos diecisiete años. Pero por fuera represento más de veintidós años; porque, como juego al fútbol en primera división y entreno todos los días, estoy muy fuerte.

Además, me he dejado bigote y eso también me hace mayor. Aparte de que casi siempre voy vestido con traje de calle, incluso con corbata, aunque los del equipo me digan que soy un hortera.

Yo no les hago caso porque encuentro una gran ventaja en que me sigan gustando las cosas de los chicos, que son mucho más divertidas que las de las personas mayores. En cambio, por fuera soy mayor. Y para que no quede duda es para lo que me pongo la corbata y el traje.

—Ése, ése de ahí ha sido el que ha dicho eso —insistió la Candi con toda su mala idea, y me señalaba a mí, que estaba en la puerta de la cafetería en la que no hacía ni cinco minutos que la había invitado a dos «bucaneros» y a una coca-cola.

Pepe, el portero del ocho, que es un tío muy frío, le dijo:

—¡Oiga!

Pero sin moverse para nada del portal, porque yo no he visto a nadie que se dé más arte para evitar movimientos inútiles.

Cuando el padre de Candi le miró, el portero le hizo un gesto para que se acercase, y el señor obedeció, porque se le veía cortado. Pepe le explicó lo de siempre —me juego la cabeza—, y el señor hacía gestos de comprensión con la cabeza y se le notó aliviado. Luego, me empezó a mirar con curiosidad, porque los periódicos siempre hablan de mí y he salido ya varias veces en la portada del

Marca y me han entrevistado varios millones de veces en la televisión.

Ahora mismo están preparando un libro sobre mi vida, y por eso yo escribo esto, mi diario, aunque ya me han advertido que luego lo arreglarán.

—Tú —me ha dicho el encargado principal— escribe todo lo que se te ocurra, aunque te parezca una chorrada.

Y yo he pensado que mayor chorrada que la que acabo de contar no la hay. Porque, a ver a quien le va a interesar lo de Candi, que yo con ella me mondo, porque es la tía más graciosa del mundo cuando está de buenas; pero cuando está de malas se pone imposible. Un día se puso tan perra que le dije:

—Oye, tú tienes el demonio dentro, o sea que ahora mismo entramos en la iglesia y te voy a echar agua bendita.

Aquella vez se asustó porque la cogí del brazo y empecé a tirar de ella. Pero me suplicaba:

—¡No, por favor, Senén, no lo haré más, te lo juro!

Yo creo que prefería seguir con el demonio dentro.

Lo que estoy cuidando bastante en estos escritos es lo de la puntuación, porque el encargado principal me ha dicho:

–Tú, de las faltas de ortografía no te preocupes.

¡Claro que no me preocupo, cacho mamón, porque yo no escribo con faltas de ortografía! Aunque sea un chico límite –así nos llaman ahora a los fronterizos–, he cursado completa la EGB y sé escribir a la perfección. En trabajos de redacción siempre sacaba diez, y en matemáticas, en cambio, muy malas notas, porque no me interesaban nada.

La letra no la tengo muy buena, y por eso primero lo escribo en borrador y luego lo paso a limpio, siempre sobre papel rayado. Esto me va a venir muy bien, porque muchas de las cosas que pongo en el borrador no las pasaré al cuaderno azul. Por ejemplo, lo de cacho mamón, aunque entre nosotros no sea un insulto nada de particular. ¡Lo que no nos decimos nunca es idiota o imbécil!

El cacho mamón se llama José Luengo y es un periodista deportivo al que todos le tiemblan porque dice las verdades y sabe siempre cuándo un árbitro está vendido. Tiene un programa radiofónico para él solo, muy importante, y escribe en muchos periódicos y revistas. Y también escribe libros-denuncia

sobre cosas del deporte, principalmente del fútbol.

Yo le llamo «el encargado principal», porque él va a dirigir la operación del libro de mi vida. Pero luego lo arreglará un ayudante suyo. Luengo es un periodista que tiene ayudantes que le buscan las noticias, aunque después el que da la cara es él. Cualquiera día –según explica en su espacio radiofónico– le pegarán dos tiros por decir las verdades.

Como el libro va a ir ilustrado, hay un fotógrafo que se viene por el barrio, o se va al colegio, o a donde yo esté, para sacarme fotos en mi ambiente natural. Cuando vamos al colegio, todos los chicos se quieren sacar fotografías conmigo. Sobre todos los del equipo. Me di cuenta de que el fotógrafo hacía como que tiraba las fotos, pero en realidad la máquina estaba sin carrete. Por eso le pregunté un día:

–Oiga, ¿cuándo están las fotos que me ha sacado con los chicos del colegio?

El fotógrafo tiene un gesto amargado, quizá porque todos le mandan, y me contestó:

–Sólo he sacado las que ha dicho el jefe. Está el material muy caro como para desperdiciarlo.

A mí se me puso un nudo en la garganta, porque, cada vez que me meto más en el rollo de la vida, prefiero aferrarme a mis diecisiete años de la escala Terman, pase lo que pase.

2. «Los fronterizos»

EL colegio es el «Virgen de los Remedios», en Argüelles, y en el barrio creen que es para chicos subnormales, lo cual no es cierto.

Yo ya no estoy en el colegio, claro, pero raro es el día que no voy, porque vivo al lado, en la calle Gaztambide, y además porque soy el entrenador del equipo. Aunque clandestinamente, porque yo juego en el Athletic, que me tiene prohibido todo. Por eso tengo que entrenar al equipo de «Los Fronterizos» vestido, con chaqueta y corbata, y no puedo ni tocar el balón. Sólo puedo dar consejos a los chicos.

Al principio no hacía caso de la prohibición y jugaba con ellos. Sobre todo entrenando a «El Buzo», que es el guardameta, a parar penaltis. Pero un fotógrafo me sacó una foto que al día siguiente apareció en el «Marca»: «Senén juega con sus antiguos compañeros».

Primero, el entrenador me echó la bronca; a continuación, el director técnico, que es un tío muy frío, me recordó que el contrato me impedía jugar, ni tan siquiera partidos amistosos, sin permiso especial suyo. Por último, el presidente, que es como un padre, me agarró por los hombros y me recordó que estábamos en un momento clave de la Liga, y

que una lesión mía podía echarlo todo a rodar cuando ya teníamos el título al alcance de la mano.

El problema es que ahora todos los chicos del colegio quieren jugar al fútbol, porque creen que van a llegar a internacionales, como yo. Pero como, afortunadamente, están más bajos en la escala de Terman, tienen mala memoria y enseguida se les olvida.

Lo único importante es que yo juegue con ellos y eso lo seguimos haciendo a pesar de lo que he contado. Se pone alguno de guardia en la puerta por si vienen fotógrafos o periodistas y da el «queo». Por eso yo siempre tengo que jugar vestido de calle, para que no se me note.

En el Athletic yo he aprendido un huevo, y les hago unos pases de vicio, de manera que hasta los más torpes empalman balón. A mí me da vergüenza decirlo, porque parece que quiero hacerme el bueno. Esto, seguro que no lo paso al cuaderno azul, pero lo que más me gusta del mundo es jugar con ellos.

A «El Buzo» le tiro unos penaltis que parecen imparables, pero él los para porque yo para eso tengo un don especial. Sobre todo desde que el viejo maestro Yon Ying me situó el centro de gravitación de mi cuerpo, de

modo que puedo disparar con cualquiera de los pies y que el balón no se desvíe nunca.

Algunas veces en los entrenamientos, me ponen balones en fila, y chuto de derecha y de izquierda, haciendo que cuando tiro con la derecha el balón se estrelle contra el poste izquierdo, y viceversa. Me refiero a los entrenamientos con el Athletic. Puedo estar chutando así un cuarto de hora sin fallar. Es decir, estrellando siempre el cuero en los postes.

Eso les encanta a los fotógrafos. Pero un día en que fueron las cámaras de televisión, el director técnico, que es un tío muy frío, les prohibió filmar mis series de balones al poste. Luego, me dijo:

—Oye, aquí vienes a entrenar, no a lucirte.

Yo me quedo helado cuando me dice esas cosas. El ayudante del periodista principal es un señor que tiene hijos mayores, por lo menos de más de quince años, y algunos días se los trae para que me conozcan.

Tiene bastantes hijos y los pasa negros para sacarlos adelante, porque no tiene el carné de periodista por una injusticia que le

hicieron. El caso es que tiene que trabajar mucho y además traduce libros del francés. Tiene una mirada un poco triste, y todo lo que escribo le parece muy bien. Lo que me preocupa es que es muy calmoso. Me mira con mucha atención y a veces pienso que me va a descubrir el secreto. Un día se me quedó fijo y me dijo:

–Oye, pero tú escribes muy bien para...

No terminó, pero quería decir «para ser subnormal». Porque yo todavía no le había explicado que los que tenemos un cociente intelectual superior a 65 no somos *subnormales*, sino *ligeros*. Antes se nos llamaba fronterizos, que a mí me gusta más porque se nos confunde con los tíos de las películas del Oeste que viven junto al río Pecos. Por eso, al equipo de fútbol del colegio le llamamos «Los Fronterizos». Algunos también piensan que somos un conjunto musical.

Bueno, el caso es que Rodolfo se me queda mirando muy atento, y eso me preocupa. A veces pienso: «Voy a escribir peor». Pero luego no puedo resistir la tentación de que me salgan las frases bien.

Cuando nos vemos con el encargado principal, a Rodolfo se le nota cohibido, porque ya sabe que José Luengo le va a echar una bronca, y seguro que siempre se la echa.

El encargado principal es el que tiene que dar las directrices de cómo vamos a escribir el libro. A mí siempre me dice lo mismo:

—¿Qué hay chaval, fenómeno?

Pero no espera que le conteste porque siempre tiene una prisa terrible. No hay cuidado de que ése se entere de la verdad, porque no tiene tiempo ni para mirarme. Echa una ojeada al cuaderno azul mientras Rodolfo le explica lo que he escrito, que siempre le parece poco y poco interesante. Entonces es cuando le echa la riña al ayudante porque no me explica bien lo que tengo que contar.

—Y si no —le dijo un día—, te traes una cinta magnetofónica y que desembuche.

A mí me entró tal canguis, que me puse a escribir más deprisa. Pero el problema es que al cuaderno azul no paso todo lo que pongo en éste. Bien, de todos modos, en el cuaderno azul voy a contar lo siguiente, que es verdad:

La primera temporada que jugué en el Athletic éramos los primeros de la Liga y nos tocó un partido contra el Barcelona. Íbamos ganando por tres a cero. Faltaban no más de diez minutos para terminar el partido y encima les pitan penalti.

Entonces no era yo el encargado de tirarlos siempre, pero el capitán me hizo un gesto que se sobreentendía. El portero del Barcelona era Zubizarreta, que ya estaba muy viejo, y encima con una tarde de aúpa, porque había encajado tres goles, uno de ellos claramente por su culpa.

Hay que tener en cuenta que cuando yo tenía diez años, y todavía no se había detenido mi desarrollo mental, Zubizarreta era nuestro ídolo y yo tenía una foto dedicada por él, que me parecía un tesoro. Entonces, Zubizarreta siempre andaba rodeado de chavales y firmaba todos los autógrafos que le pedían.

En cambio, aquel día era un señor mayor que estaba echando un broncazo al defensa que cometió la falta por la que le pitaron penalti. En lugar de relajarse como le hubiera aconsejado el maestro Yon Ying, se encrespaba descompuesto, sin darse cuenta de que ya me estaban preparando el balón para la ejecución.

Yo, si quería, no tenía nada más que chutarle muy fuerte al ángulo superior derecho, y seguro que Zubizarreta lo paraba. Porque, a pesar de los años, nadie hacía la paloma como él. Total, íbamos ganando por tres a cero...

Además, me lo imagino, los cronistas al día siguiente dirían: «Lo que parecía un tiro imparable del joven Senén, fue detenido por la vieja gloria». Como todos los fotografías se habían apiñado en la portería, la foto con la estirada saldría en todos los periódicos.

Pero se me acercó el capitán y, con ese cariño que a mí me hace polvo, me dijo:

—No falles, chaval. Tira tranquilo.

No quise mirar la cara de Zubizarreta, y de izquierda solté el trallazo por bajo, que fue gol, claro. Pero además con sensación de ridículo, porque Zubizarreta se tiró justo por el lado contrario, lo cual ocurre mucho, pero aquella vez a mí me pareció horrible.

Bueno, lo anterior lo ha leído Rodolfo y me ha comentado:

—¿era muy importante ganar por cuatro goles en lugar de por tres?

Yo me he limitado a contestarle que sí, porque todos los goles se suman en una de las columnas de la clasificación. Pero esta parte también la ha leído José Luengo, que al principio ha comentado:

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Senén*, de José Luis Olaizola. En dieciséis capítulos, *Senén* —figura del Athletic y, según la escala Terman, con la mente de un chaval de diecisiete años— cuenta en su diario lo que nunca pasará al «cuaderno azul»: el fútbol, el barrio, sus amigos del colegio y lo que va descubriendo del mundo de los mayores.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/senen

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Un diario por encargo.** El periodista José Luengo prepara un libro sobre la vida de *Senén* y le pide que escriba todo lo que se le ocurra.
- **Los Fronterizos y el maestro Yon Ying.** El equipo del colegio que *Senén* entrena a escondidas, con chaqueta y corbata, y el viejo maestro que le situó su centro de gravitación.
- **Excursiones a «La Boca del Asno».** Tres salidas a lo largo del libro, la escala Terman, los veranos escribiendo y los recuerdos de un pasadizo.
- **Tini y el día más feliz.** Una chica que se llamaba Tini, el día en que *Senén* pierde el balón y la discutible hombría de *Senén*.

Novela narrada en primera persona por el propio Senén.

BibliotecaOnline

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-09-2



Escanea para comprar